

LOS PARTIDOS POLITICOS

En España no existen los partidos políticos. No sólo las Leyes Fundamentales no contemplan su posibilidad, sino que los principales creadores y mantenedores del régimen los excluyen explícitamente en sus declaraciones. Generalmente esta exclusión se hace con base a un análisis histórico por el que estos dirigentes llegan a la conclusión de que el sistema de partidos ha sido siempre negativo para la peculiaridad española; pero se suele respetar ahora la idea de régimen de partidos.

España no es el único país sin partidos. Podría decirse que la mayoría de los ciudadanos del mundo viven en regímenes sin partidos, o con partido único, que es prácticamente una equivalencia. Esa mayoría se debe, probablemente, al enorme peso demográfico de los países comunistas de partido único y a las sucesivas suspensiones de régimen de partidos en países africanos —provisionales o definitivas— en los últimos años, y también a algunos países del continente americano. En general, en Europa dominan diversas modalidades de sistema de partidos, aunque también haya países europeos —Portugal, Grecia— que rechazan el sistema.

Portugal es uno de los más antiguos que sobreviven en el continente, y ha creado doctrina. Salazar escribía: «Hemos descartado siempre la idea de los partidos por considerarla una posición ideológico-política que deformaría, a nuestros ojos, la imagen de la Nación, que nos impediría desarrollar la idea de Nación». Salazar entendía que la «unidad del Estado» estaba perjudicada por la división en partidos. En el polo opuesto, los regímenes comunistas entienden que es la «unidad de clase» la que se ha conseguido en su sistema; al no existir otras clases sociales ni grupos de intereses distintos de la clase obrera, no tienen por qué existir otros partidos: sólo se mantiene el que representa la clase única, el partido comunista.

ATACANTES Y DEFENSORES

La polémica entre atacantes y defensores del régimen de partidos es antigua. En realidad, la imagen actual de partido político tiene una vida corta, poco más de cien años: «En 1850, ningún país del mundo, con excepción de los Estados Unidos, conocía partidos políticos en el sentido moderno de la palabra;

había tendencias de opiniones, clubs populares, asociaciones de pensamiento, grupos parlamentarios, pero no partidos propiamente dichos». (Zarzalejos, profesor de Ciencias Políticas y Económicas.) Pero de alguna forma había embriones de bipartidismo en Roma (patricios y plebeyos), en la Grecia clásica. Frente a esos embriones de partido se alzaban ya sus contradictores: César los llamaba «faciones», en un sentido peyorativo; y Bonaparte, en su famoso 18 de brumario, emitió una proclama en la que volvía a utilizar el término faciones. Su utilización en estos días en España tiene, como se ve, una ilustre prosapia.

Los atacantes del sistema de partidos se centran esencialmente en tres puntos: 1, todo grupo es, por definición, contrario a la colectividad; desde el momento en que defiende intereses de un solo sector se opone ya a los intereses comunes. 2, el partido es un intermediario entre el individuo y el Estado, y como todo intermediario lo hace en beneficio propio, incluso abusivamente y no en defensa de los intereses ni del individuo ni del Estado. 3, los partidos no son independientes; están sometidos a gru-

pos de presión, incluso extranjeros, que pueden apartarles de la defensa de los intereses propios de sus afiliados, de los de la nación en que están inscritos.

Los defensores del sistema de partidos no suelen discutir estos enunciados, sino su utilidad y su finalidad. Por ejemplo, el Papa Juan XXIII (encíclica *Mater et Magistra*) adoptaba la definición de «cuerpos intermediarios autónomos» en un sentido meliorativo: «El Pastor Supremo indica, como principios fundamentales, una nueva inserción del mundo económico en el orden moral y la prosecución de los intereses, individuales o de grupo, en la esfera del bien común. Esto comporta, según su enseñanza, la reforma de la vida en común mediante la reconstrucción de los cuerpos intermediarios autónomos, con objetivo económico y profesional, no impuestos por el Estado, sino creados espontáneamente por sus miembros».

Los teóricos de los partidos políticos suelen atribuirles un valor contrario, precisamente, al de la disgregación, facción o atentado contra la unidad. Se suele entender que el partido político moderno na-

1° - ALBA	2° - ALBA	3° - ALBA	4° - ALBA	5° - ALBA	6° - ALBA	7° - ALBA	8° - ALBA	9° - ALBA	10° - ALBA	11° - ALBA	12° - ALBA	13° - ALBA	14° - ALBA	15° - ALBA	16° - ALBA	17° - ALBA	18° - ALBA	19° - ALBA	20° - ALBA
-----------	-----------	-----------	-----------	-----------	-----------	-----------	-----------	-----------	------------	------------	------------	------------	------------	------------	------------	------------	------------	------------	------------



ICOS



En 1850, ningún país del mundo, con excepción de los Estados Unidos, conocía partidos políticos en el sentido moderno de la palabra; había tendencias de opiniones, clubs populares, asociaciones de pensamiento, grupos parlamentarios...



ce de la necesidad de encauzar, dirigir y organizar la opinión pública que, de otra forma, se desperdicia y se desintegra (Duverger, Carro). La definición de Carro de los partidos políticos es ésta: 1, es un grupo organizado; 2, da contextura a la opinión pública de los pueblos; los partidos tamizan las opiniones infinitas individuales para sustituirlas por opiniones de grupos; 3, el precio que cobran los partidos por organizar la opinión pública es el triunfo electoral, es decir, el acceso al poder.

PARTIDO Y PLURALIDAD

Pero, evidentemente, la noción de partidos está estrechamente ligada a la de pluralidad. Si el partido único es una negación de sí mismo y de su etimología («pars», parte; varias partes integran un todo, pero no se puede tomar la parte por el todo, ni viceversa), la elevación al absurdo del régimen de partidos sería aquel en que cada ciudadano fuese un partido en sí. Esta podría ser la acusación al sistema contrario precisamente: a aquel que sin ningún partido no tuviera canalizada la opinión pública (o no tuviera otros medios, ajenos al partido, para canalizarla). ¿Es que hay un número óptimo de partidos políticos? Hay la fórmula del «bipartidismo», de los grandes partidos turnantes, como podrían ser en Gran Bretaña los conservadores y los laboristas, o en Estados Unidos los demócratas y los republicanos. Pero el bipartidismo no suele ser una fórmula, sino una situación: en Gran Bretaña hay otros partidos (el liberal, incluso el fascista y el comunista), pero no consiguen canalizar grupos suficientes de opinión pública como para participar en la vida parlamentaria. En Estados Unidos es la fuerte maquinaria de los dos partidos turnantes la que aplasta las otras opciones.

En la actualidad, muchos tratadistas creen que el mundo camina hacia una bipolaridad política, hacia una izquierda agrupada y una derecha igualmente agrupada (las posiciones de centro se consideran como coyunturales y oportunistas); pero estas grandes agrupaciones estarían hechas cada una de ellas de un conglomerado de partidos menores, y representarían dentro de ellas los cúmulos de opinión pública que le correspondiese, mediante un juego de ventajas y concesiones más o menos equilibrado. Francia es, en estos momentos, un terreno para la organización de estas dos grandes opciones. Chile es coyunturalmente, otro: la izquierda gobernante es el denominador común de una serie de partidos, como lo es la derecha de la oposición (el centro, la democracia cristiana, acaba de desgajarse de la dere-

cha para sumarse momentáneamente a la izquierda; esta suma fuerza al Gobierno a que su denominador común de acción pública sea más suave que si estuviese constituido sólo por la izquierda).

PARTIDOS Y DEMOCRACIA

Pero hay partidos políticos que no aceptan estas grandes formaciones o que, dentro de ellas, tratan de imponerse. Es una parte del juego. Los partidos políticos, en realidad, son muy distintos entre sí: tanto como las formas de Gobierno que propugnan. Hay partidos casi estrictamente políticos en el sentido de conquista de poder que tiene esa palabra, que abandonaron hace tiempo su carga ideológica: suelen ser los conservadores, los liberales, descendientes de las formaciones del siglo XIX. Hay partidos de masas, esencialmente distintos de los partidos burgueses antes enumerados, que dependen estrictamente de sus bases, en cotización y organización interna, como suelen ser los partidos socialistas europeos, aunque muchos de ellos estén teñidos, como consecuencia de recientes avatares históricos, de la tendencia burguesa a la ocupación del poder (el laborismo británico, la social democracia alemana) con abandono de sus bases programáticas fundacionales; hay partidos, como el comunista y el fascista que, apoyándose en las masas, son de formación autoritaria y disciplinada, muy centralizados, en algunos casos dotados de milicias.

Se han hecho críticas a los partidos políticos en el sentido de que si bien están integrados en un mundo parlamentario y democrático, su funcionamiento interior no lo es, y el acceso a los cargos directivos se hace por cooptación: unos directivos salientes designan e impulsan a sus herederos. Hay quien supone que, en realidad, de cooptación en cooptación se puede llegar a las asambleas y al Gobierno sin que intervenga la verdadera democracia para nada (André Hauriou); por ejemplo, aunque elegido democráticamente por votación directa, Pompidou estaba designado por el general De Gaulle para sucederle, y había ascendido por cooptación dentro del partido (que reniega del nombre de partido, porque De Gaulle era también crítico del sistema, aunque lo respetaba: se presenta unas veces como unión, otras como movimiento).

Para algunos autores de filosofía política, la discusión en torno a los partidos políticos carece de sentido. Es una discusión «moderna» que se centra en la aparición del nombre, pero el sistema ha existido siempre y existirá siempre. Güelfos y gibelinos, ¿formaban partidos políticos? ¿No serían partidos políticos los Montescos y los Capuletos de «Romeo y Julieta»? Las agrupaciones en torno a personas, familias, periódicos, clubs, centros, formas de cultura, ¿no son siempre partidos políticos? ■ JUAN ALDEBARAN.